

Introducción

El éxito *histórico* de la Generación del 14

HUGO AZNAR y MANUEL MENÉNDEZ ALZAMORA

ESPAÑA Y SU MODERNIDAD INACABADA¹

Cuando hace unas décadas se produjo la Transición española, se convirtió en referente de una nueva oleada de democratización mundial. Aunque otros muchos países hicieron en la parte final del siglo XX su propia transición a la democracia, la española supuso un hito por su celeridad, su aparente facilidad, su éxito y su alcance. Pronto se la consideró modélica y se convirtió en objeto de estudio en muchos lugares del mundo.

¿Cómo era posible que un país dejará tan rápido de vivir bajo una dictadura para mostrar un grado de convivencia y madurez democráticos notables, para hacerlo de forma tolerante y pacífica –incluso a la hora de enfrentar el terrorismo–, de convertirse tan pronto en un país plenamente moderno, incluso de ponerse a la delantera en muchos aspectos de sus modos de vida o su legislación social? Parte de la respuesta –en la que se ha insistido más– está sin duda en las personalidades que desde sus posiciones de poder y relevancia social protagonizaron la Transición y contribuyeron decisivamente a que fuera un éxito. Pero hay otra parte de la respuesta en la que se ha insistido menos y que también ayuda a entender el éxito de la Transición.

La Transición española del último tercio del siglo XX fue tan exitosa porque una parte fundamental de ella ya se había producido en el primer tercio de ese mismo siglo. Fue a comienzos del siglo XX, en lo que se ha dado en llamar la Edad de Plata de la cultura española, cuando se inició nuestra transición: la transición a la Modernidad. Fue a comienzos del siglo XX cuando se sentaron las bases del retorno de España a la contemporaneidad. Lo que es una anomalía a explicar no es la Transición española, sino

¹ La realización de este texto, como la del libro en su conjunto, se enmarca en las actividades del Proyecto de I+D+i «El surgimiento de la sociedad de masas y la crisis de la ciudadanía: los casos de W. Lippmann y J. Ortega y Gasset» (Ref.: FFI2010-17670).

el sangriento conflicto y el retorno forzoso al rancio pasado que quebró nuestro siglo XX en dos. Se trataba, por tanto, de una transición ya iniciada mucho antes, una transición pospuesta, una transición en dos tiempos, una transición inacabada que en aquel momento por fin veía su culminación. De ahí su facilidad y su éxito.

La Modernidad se quedó inacabada en España como –parafraseando a Ortega– algo que pudo ser y que quedó frustrado, como una promesa incumplida que venía al mundo con cada nuevo español, generación tras generación. La del 98 fue la primera en despertar de este largo sueño secular de impotencia –el de la razón, como pintó Goya–, pero fue la del 14 la que decidió esforzarse con tesón y esperanza renovada –como no se sentía en España desde el siglo XVI– para poner a nuestro país al día. Ya no se trataba de unos pocos ilustrados aislados o de un adelantado a su tiempo, con escaso eco en su voluntad de ver transformado el país, sino toda una generación de hombres y mujeres que quería realizar finalmente ese cambio. La educación de la sociedad, la implicación y el compromiso profesionales, el avance y la aplicación de la ciencia, la interconexión con Europa, la tolerancia y el pensamiento libre, la modernización de la economía, la mejora de las condiciones sociales de los más desfavorecidos, el liberalismo y el socialismo, la emancipación de las opiniones de las personas, la incorporación de la mujer a la vida pública, la difusión de la cultura, de los libros, de los inventos, de las grandes corrientes de pensamiento y de los autores de actualidad de allende las fronteras... Todo un proyecto de transformación profunda de España destinado a que el país retornara a su lugar en la contemporaneidad. El éxito de la Transición de finales del siglo XX se gestó en aquella otra primera transición de comienzos de siglo: la que llevó a los estudiantes becados a Europa a recoger y traer ideas, la que ensalzó a los científicos, a los innovadores, la que permitió estudiar, escribir y votar a las mujeres, la que llenó el país de editoriales y publicaciones, la que pensó, escribió y debatió con una valentía y libertad intelectual a las que se había renunciado durante siglos.

Pero este retorno a la Modernidad y a Europa tuvo también sus paradojas. Como la de producirse cuando esa misma Modernidad y esa misma Europa entraban en crisis, cuando las tensiones históricas de su propia consumación estaban a punto de estallar. El proyecto de ponerse al día que España había iniciado acabó así siendo víctima propiciatoria de las tensiones internacionales, que se sumaron a las internas. Precisamente cuando el país se esforzaba por salir del atraso nos veíamos convertidos en terreno de prueba –de guerra– de las confrontaciones que dominarían el corto siglo XX. La esperanza, la ilusión, el sueño de cambio de toda una generación acabaría así entre sangre y cadáveres en las cunetas de los caminos de España.

Cuando el largo, doloroso y triste efecto de la Guerra incivil cedió, cuarenta años después, fue fácil la Transición porque las ideas, las pautas, las

propuestas, los modos, las claves, ya habían sido adelantados a comienzos de siglo, porque ya había unos nombres, unas personas, unas ideas, unas corrientes, unas siglas, en definitiva una tradición española de Modernidad renovada con la que poder enlazar y seguir adelante.

En el año 2014 se ha cumplido el centenario de la Generación del 14. Ha pasado un siglo desde que aquella Generación conformase el núcleo más programático de la Edad de Plata, de nuestro retorno a la Modernidad. Un siglo puede hacerla parecer lejana, pero estamos hoy muy cerca de lo que quiso y propuso aquella Generación. Sus textos y sus propuestas, cuando se leen –y lamentablemente se siguen leyendo mucho menos de lo que se debería– nos suenan cercanos. Más que un homenaje en la distancia, este centenario debería servir para dialogar con estos *nuevos* clásicos españoles, a los que ahora podemos apelar sin dejar de sentirnos plenamente europeos y muy modernos... o postmodernos, pero en cualquier caso a la altura de los tiempos.

1914

El pedagogo Lorenzo Luzuriaga, en una reseña de la edición de las *Obras Completas* de Ortega publicada en la revista argentina *Realidad*, utilizaba en 1947 el término «Generación del 14» para denominar al conjunto de jóvenes que al filo de este año germinal de tantas cosas se lanzaron a la vida pública con la finalidad de intervenir, de actuar política, públicamente. Una Generación que podría estar simbolizada por los tres directores que tuvo el semanario *España*, al que podemos considerar como el órgano periodístico más importante del grupo y reflejo fiel de la arquitectura ideológica y cultural que sostiene todo el proyecto generacional: José Ortega y Gasset, Manuel Azaña y Luis Araquistáin.

Pero la Generación del 14 será también la empresa colectiva de Ramón Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, Enrique Díez Canedo, Pablo Azcárate, Ramón de Basterra, Constancio Bernaldo de Quirós, Américo Castro, Manuel de Falla, Manuel García Morente, Luis Jiménez de Asúa, Lorenzo Luzuriaga, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, Federico de Onís, Gustavo Pittaluga, Cipriano Rivas Cherif, Fernando de los Ríos, Pedro Salinas, Alberto Jiménez Fraud, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Pedro Bosch Gimpera, Ramón Carande, Juan Peset, Pablo R. Picasso y Eugenio d'Ors, entre otros.

Y también –aunque no suelen figurar en los listados habituales de los integrantes de su Generación– forman parte de ella las mujeres precursoras que esta vez –aunque algunas todavía tuvieran que travestirse de hombres para poder *aparecer* en la plaza pública– también iban a tener voz y parte, y no menor, en la transformación de España: Carmen de Burgos, Consuelo

Álvarez Pool, María Goyri, María Lejárraga, Isabel Oyarzábal, María de Maeztu, Carmen Baroja, Zenobia Camprubí, Clara Campoamor, Margarita Nelken, Carmen Eva Nelken o Victoria Kent, también entre otras.

1914 se fragua como emblemático por la simbología de las convergencias: este es el año en el que estos jóvenes, nacidos a lo largo de la década de los ochenta del siglo XIX, alcanzan su primera madurez intelectual. Pero también es el momento terrible del arranque de la Gran Guerra, conflicto global que significa la radical destrucción de toda una vieja cosmovisión de naturaleza ilustrada que venía descomponiéndose lentamente a lo largo del XIX. Guerra que marcará las corrientes políticas e ideológicas tanto de los países contendientes como de los neutrales. En este año emblemático, Ortega pronuncia su conferencia *Vieja y nueva política* en el teatro de la Comedia de Madrid y se edita su libro *Meditaciones del Quijote*, obras centrales para entender cómo hay que plantearse el diagnóstico de los males políticos de la nación española en una nueva clave generacional, esto es, sin las pesadas losas y débitos históricos con los que la Generación del 98 había abordado un planteamiento –un tanto melancólico y fallido– de los males de la nación. En 1914 unos jóvenes de edad, extracción social, formación y coordenadas ideológicas similares coinciden en su interés y voluntad de renovar la vida pública española.

Precisamente por ello, por acercarse a la arena pública desde el periodismo, la cátedra o la cultura, estos jóvenes son un primer bosquejo de aquello que el *affaire Dreyfus* había colocado en el centro del escenario de nuestra vecina Francia, al protestar por las razones espurias –el antisemitismo– que habían llevado a una injusta condena al militar Alfred Dreyfus: los intelectuales. Siendo una intervención pública, su naturaleza política cobra dimensión especial. La Generación del 14 presenta un programa de acción pública allende los cauces formales en los que esta se había desarrollado desde el Cádiz liberal hasta aquel momento –recorriendo todo el siglo XIX– y que a la altura del cambio de siglo presentaban notables grietas: era la *vieja política* cuyas formas han sido ya objeto de reiterada crítica por las diversas oleadas generacionales regeneracionistas. La esclerosis del sistema de partidos, la escasa naturaleza representativa de la democracia parlamentaria y la corrupción transversal sintetizada en ese binomio conceptual de «oligarquía y caciquismo», el atraso ideológico, cultural y económico, configuran la España de la Restauración. Serán precisamente las figuras de Costa y del Unamuno europeísta –que no del casticista– las que iluminen en este sentido crítico los primeros derroteros intelectuales de estos jóvenes en la vida pública.

Ahora es el momento de la *nueva política* que llama a los ciudadanos activos, debidamente formados, a la intervención democrática constructiva. Política y educación sellan un vínculo indeleble y se pone en el horizonte el ideal de Europa como horizonte de realización. Pero este europeísmo

construido desde la ciencia y la cultura necesitará de algunas herramientas institucionales auxiliares de gran importancia. La más importante es la Junta para Ampliación de Estudios. La JAE es un órgano que se inserta plenamente en el origen de la Generación del 14 y en su sentido europeísta. La Junta es creada por un Real Decreto de 11 de enero de 1907, nacido de la competencia del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes presidido por Amalio Gimeno, en el seno del gobierno liberal del marqués de la Vega de Armijo. La Junta trataba de dar vida y plasmar la tajante afirmación que encabezaba uno de los párrafos de la Exposición de Motivos del Real Decreto que la creaba: «El pueblo que se aísla, se estaciona y se descompone. Por eso todos los países civilizados toman parte en ese movimiento de relación científica internacional». Presidida por Santiago Ramón y Cajal, José Castillejo será su secretario permanente. Su política de becarios permitirá al grueso de la generación entrar en contacto con los centros y universidades más punteros de Europa y traer con posterioridad ese conocimiento a España, vigorizando la universidad y permitiendo que las últimas ideas, así como los más recientes avances científicos y culturales, se incorporen a la vida española.

La idea motriz de la pedagogía política cobra protagonismo en las primeras etapas del *iter* generacional, momento en el que la conferencia «Vieja y nueva política» de Ortega y Gasset nos puede orientar a modo de manifiesto ideológico generacional. Aun siendo una generación con un genuino sentido de lo práctico, no renunciará a los instrumentos típicos de la *vieja política* –los partidos políticos– o la propia monarquía democrática como modelo de Estado. Así se explica el acercamiento generacional al Partido Reformista de Melquíades Álvarez, intento de participación institucional en la vida política y parlamentaria que tendrá su epígono en los años treinta en la Agrupación al Servicio de la República.

En la misma dirección, pero en otro orden de cosas, también este sentido pragmático de la acción política se plasmará en la postura defendida en los periodos finales de la Restauración: la denominada «accidentalidad de las formas de gobierno», que consistía en no hacer *causa belli* de la defensa de la república frente a la monarquía en la medida en que este debate fuera utilizado para paralizar la vida política y mantener el estado de las cosas tal y como se había decantado a lo largo de la Restauración. La profundización en la vida de las instituciones democráticas y el impulso de una nueva ciudadanía activa, que se integrara con normalidad en los engranajes de la vida democrática, eran metas prioritarias.

Después de la Gran Guerra, y a lo largo de la década de los veinte, y especialmente en la de los treinta, las posiciones ideológicas de los principales protagonistas de la Generación divergen hacia posiciones opuestas en el arco ideológico: del liberalismo elitista –Ortega– al marxismo –Araquistain–, pasando por el republicanismo radical y democrático –Azaña–. Pero